

nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo.¹

Bajo este punto de vista, señores, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, Y CARDENAL *in pectore*² por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX.

¿Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoy nuestras lágrimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designio cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designio, señores, nunca brilla con caracteres mas espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre funda en esta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de or-

¹ Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, proderit illi. Ecli. XXIX, 13.

² Véase la nota A, al fin de esta oracion.

dinario á las glorias de la religion las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables, como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, señores, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado más en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, señores, probaros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo sí dirigiros.

Quando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. ¹ Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la cruz. Fueron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atras en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, señores, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre bogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños; precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que ayer estaban atrayendo sus in-
ciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo

¹ Joann. XII, v. 32.

en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, señores, como la verdad y la virtud, no podian tener condiciones tan miserables ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la fijeza, la seguridad y la infalibilidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud, sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas en el alma el estudio de diez y ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos, la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, señores, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? ¿Sino ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿Con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria en frente de los sepulcros, y rendir ante la imágen siempre

viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los trofeos de la muerte. La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, señores, ha bañado con un esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí, que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria; una vida donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilicia, es como una comitiva exterior que se honra y engrandece con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caracteres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas, y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parece coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas

y morales de las naciones. Cuento en este número al Illmo. Sr. Portugal, pues miéntras de todas y por todas partes corria bajo las basas de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han explotado sus consecuencias políticas en pro de la República mejicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Señores, el genio se anuncia como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos periodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoi sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sábio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadalajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoi con el esplendor de su gloria: por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada

dia parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del Sr. Portugal, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡ó Dios mio! estaba reservado hacer bajar al corazón las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El Illmo. Sr. Portugal, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia mui bien que el corazón del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria.¹

Ya no me admiro, señores, de ver á este hombre incomparable mui jóven todavía, y cuando aun no habia recibido alguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entónces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que los colocan el genio, el talento, el saber y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros dias, eran sobremanera respetables á los ojos de los verdaderos sábios: os hablo de Méjico en una de sus mas brillantes épocas; me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos ad-

1. Eccli. 3, 32.

mirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres que han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la cartera de gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores, en que las ideas se desarrollaban con increíble precocidad, en que el Episcopado por último tenia modelos de todos géneros en la santa Iglesia mexicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¡Cómo encarecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grado la confianza del Illmo. Sr. Cabañas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para recompensar su saber y su elocuencia?¹ De este modo su nombre corría entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.*²

Pero los años corrían en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las na-

1 Véase la nota B al fin del sermón.

2 Eccli. cap. XXXIX, v. 14.